

El rugir de sus huesos

La montaña ruge como un jaguar,
el sol, un ojo implacable, observa su sacrificio.

Tierra hendida, roca desgarrada,
en sus grietas están escritos sus nombres:

Micaela,
José Gabriel.

Su amor no era delicado, sino de raíces profundas,
afundadas en la tierra fértil de la resistencia,
anclado en la roca con dedos de hierro.

Eran el viento enfurecido, torrente en crecida,
la furia del jaguar acechando en la espesura.

La familia no era solo sangre, sino un eco en los Apus,
un pacto tejido en la voz de los abuelos.

Eran raíces entrelazadas, un tronco que el filo no derriba.

La familia no cayó: se transformó.

Su sangre alimentó los ríos,
sus gritos fertilizaron los campos.

Ahora el cielo se curva bajo su sombra,
los Andes se inclinan al paso de su memoria.

La llama que encendieron no se extingue,
arde en cada hoja, en cada susurro del viento.

El verdugo tembló al sellar su propia condena,

pero su cuello era piedra, su aliento, trueno.
Apretaron su voz hasta arrancarla del aire,
pero la muerte tardó demasiado en vencer.

José Gabriel, hombre montaña, torso de andesita,
con la boca rota aún mordía el destino.
Sus hijos, sombras veloces en los barrancos,
miraban al cielo buscando la grieta por donde escapar.

Pero no escaparon.
Se convirtieron en ceniza y volcán,
en sangre derramada sobre el lomo de nuestra historia.

Ahora sus nombres son garras en la piedra,
una tormenta que nunca deja de rugir.
La muerte no los domó, solo los volvió río,
agua oscura, incesante, imposible de atrapar.

Los Andes se abrieron como fauces,
tragando nombres, esculpiendo heridas.

Sobre el cadalso, Micaela,
piel de granito, ojos de relámpago,
soportó manos torpes que no supieron matarla.
El garrote gimió, pero Micaela no cayó.
Su cuello era roca viva, su aliento, piedra en ascenso.
El verdugo maldijo, sudor en la frente,
tiró, torció, intentó doblegar el destino.

Pero su voluntad era el incendio que se negaba a morir.

Entonces la hoja.

Entonces la sangre.

Entonces el grito que aún perfora la historia.

pero su cuello resistió como el tronco de un queñua,
retorcido pero indomable.

La asfixia llegó lenta, torpe, cruel,
un verdugo sudoroso que no entendía su propia brutalidad.

Su voz quebrada no fue silencio,
sino cuchillo hundido en la historia,
el grito final de una mujer que aún arde en la memoria de la tierra.

José Gabriel cayó, pero no en el olvido.

Sobre su cuerpo, cuatro caballos tiraron en direcciones opuestas,
pero su carne se aferró a la vida, desafiando la sentencia.

No bastó la fuerza bruta, ni la voluntad de los verdugos.

Su sangre no cedió hasta que la hoja descendió sobre su cuello,
y su grito se convirtió en eco en las entrañas del tiempo.

Sus huesos resonaron como tambores de guerra,
las piedras guardaron su último aliento,
y el viento lo llevó a los oídos de la historia.

Sus hijos eran ráfagas de sombra,

Hipólito, suspendido en la soga del verdugo,

Fernando, arrastrado lejos, condenado al exilio.

herederos de un amor que no supo de cadenas,
se alzaron en la noche como jaguares heridos.

Pero la historia no los enterró.

Porque una familia que muere unida se convierte en linaje eterno.

Los masticó, los escupió en los surcos,
y crecen ahora como espinas en la memoria.

El viento arrastra sus nombres,
afilados, urgentes,
rasgando el aire como garras invisibles,
resurgentes.

No murieron:
se hicieron fuego bajo la piel del tiempo.

Porque el jaguar no muere,
su rugido vive en los Andes y su sombra danza en la niebla del tiempo.
Porque la familia no se apaga, solo espera.

Hijo del Jaguar